

Don Buenaventura Lepore

“...così suo padre don Giovanni Lepore prese una ponderata decisione: emigrare con moglie e figli in Argentina, a Colonia Caroya, a 50 chilometri da Córdoba. Buenaventura, o Ventura come lo chiamavano i suoi, aveva 5 anni...”



Photos



Don Buenaventura Lepore en la localidad denominada 60 Cuadras (Cordoba)

“...Don Ventura trabajaba con más ahínco en expandir la herrería y en emplear más personal, los cuales eran típicamente inmigrantes que huían de la guerra, las enfermedades y la pobreza de la Europa Oriental...”





Don Ventura y la familia en la localidad denominada 60 Cuadras (Cordoba)

Don Ventura y parientes en la localidad denominada 60 Cuadras (Cordoba)



Don Buenaventura Lépure

Don Bonaventura Lépure nació en la última década del siglo diecinueve en Gemona del Friuli en la provincia de Udine, Italia. Su padre, don Giovanni Lépure, y su madre doña Giovanna Zanini, dos padres trabajadores y dedicados a la familia deseaban alejar a sus hijos de la pobreza y la enfermedad que estaba desbastando a Europa al final del siglo diecinueve y de esta forma dar a sus hijos una real oportunidad de una vida mejor, aunque tuviera que ser en una tierra distante.

Así pues, don Giovanni tomó una meditada y valiente decisión: emigrar con su esposa e hijos a la Argentina. La familia de Giovanni se estableció en Colonia Caroya, una localidad predominantemente de italianos, ubicada unos 50 kilómetros al norte de la ciudad de Córdoba, en Argentina. Bonaventura, o Ventura como sus padres lo llamaban, tenía cinco años cuando llegó a Córdoba.

Como niños inmigrantes a la tierra nueva, el joven Ventura y sus hermanos asistían a la escuela primaria; sin embargo, él era consciente de que debía ayudar a su padre Giovanni a proveer el sustento para la familia y es así que tuvo que comenzar a trabajar a temprana edad.

A comienzos del siglo veinte, el trabajo manual en la fabricación y arreglo de herramientas agrícolas era una actividad exigente y extenuante. A temprana edad, don Ventura demostraba tener dedicado esmero, talento, y tenacidad en todo lo que emprendía, aprendió el oficio rápido y muy bien. A la edad de 20 años, don Ventura contrajo enlace con doña María Jacoba Brandalise, una joven de procedencia italiana que residía en la ciudad de Córdoba. La joven pareja se estableció en la localidad denominada 60 Cuadras, en las cercanías de la ciudad de Córdoba.

Siendo un extenso país agrícola-ganadero, la Argentina prosperaba mayormente como país exportador de granos y ganado a una Europa dividida. Mientras tanto en los campos de Córdoba la demanda de herramientas de cultivo y maquinaria agrícola estaban en

persistente demanda. Con dinero prestado, el joven Ventura comenzó un taller de herrería cuya principal actividad era la fabricación y arreglo de herramientas agrícolas, maquinaria, y todo tipo de herramienta manual dedicada al agro que incluía maquinaria y equipo para cosechar, tal como arados, máquinas segadoras, sulkis, carros, y toda herramienta agrícola de mano que usaban los agricultores de la vecindad.

Mientras tanto doña María, o Nina, como era el apodo de su niñez, trabajaba arduamente para cumplir con las exigentes tareas de la casa: plantando y cosechando una quinta de verduras y hortalizas, haciendo el lavado de ropa en forma manual, preparando las comidas diarias para su marido y sus empleados que trabajaban en la herrería, y haciendo el resto de las pequeñas pero necesarias tareas típicas de un hogar rural. Hacia el primer aniversario de su casamiento, doña Nina ya estaba esperando el nacimiento de su primer hijo, Juan.

El nacimiento de Juan trajo mucha felicidad a la joven pareja y a medida que la familia iba creciendo, don Ventura trabajaba con más ahínco en expandir la herrería y en emplear más personal, los cuales eran típicamente inmigrantes que huían de la guerra, las enfermedades y la pobreza de la Europa Oriental. En ese entonces, la Argentina era una tierra de abundancia; la herrería de don Ventura era próspera y estaba creciendo y también su familia. Unos meses después de cumplirse el segundo aniversario de su matrimonio, don Ventura y doña Nina estaban esperando el nacimiento de su segundo bebé. Esta vez era una niña que sus padres le dieron el nombre de Elvira.

Subsiguiente a los nacimientos de Juan y Elvira y en los años inmediatos siguientes, doña Nina daba a luz a un nuevo miembro de la familia. De tal manera, nacieron: Alfredo, Daniel, Santiago, Manuel, Rosa y Rodolfo. Ocho niños sobrevivieron; sin embargo, una hijita del matrimonio Lépure contrajo una enfermedad pulmonar y falleció antes de cumplir los diez años.

Los niños crecían en lo que era entonces el ambiente rural de las 60 Cuadras y Juan y Elvira, o Vira como sus padres les gustaba llamarla, asistían a la escuela primaria en la Iglesia del Carmelo, la cual era una escuela primaria de campo ubicada a unos dos kilómetros de donde la familia vivía. Para los niños de la familia Lépure, la vida de la

niñez era una combinación de tareas escolares y de ayuda a su mamá Nina con las tareas de casa, lo que incluía el cuidado de los miembros más pequeños de la familia.

Al ser la niña más grande entre sus hermanos, Elvira sentía una profunda responsabilidad moral de ayudar a su madre en las tareas cotidianas del hogar y de la quinta. De tal manera, Elvira tomó la honorable y generosa decisión de sacrificar su educación y de no continuar asistiendo a la escuela para así poder ayudar a doña Nina a criar a sus hermanos y hermana. En ese sentido, Elvira jugó un rol fundamental al éxito de doña Nina en la realización de las exigentes tareas diarias que se requerían en esa casa con ocho niños, y con un significativo número de empleados que trabajaban en la herrería de don Ventura. Así fue que esta niñita Elvira trabajaba hombro a hombro al lado de doña Nina ya sea cocinando, lavando, limpiando, plantando en la quinta, cosechando y ayudando a su madre a mantener el hogar.

A medida que los muchachos de la familia Lépure se convertían en adolescentes, ellos optaban por trabajar en la herrería de don Ventura en vez de continuar con su educación. En tal sentido aprendieron el oficio de su padre y de esta forma siguieron proporcionando un servicio necesario a los agricultores de la vecindad quienes estaban ya acostumbrados a la alta calidad del trabajo que se realizaba en la herrería de don Ventura.

A medida que fueron pasando los años, don Ventura Lépure era reconocido como un hombre próspero; admirado y respetado por la comunidad que lo vio crecer desde su niñez hasta la edad adulta.

Don Ventura y doña Nina dejaron un legado de perseverancia, de trabajo arduo, de cariño, de generosidad, y de honradez; un ejemplo para cualquiera que los conocía pudiera emular. Don Ventura y doña Nina eran personas que no solo sentían un profundo amor por su familia, sus parientes y amigos sino también por cualquier estaño que golpeaba a su puerta y a quien recibían como a un miembro de la familia.

Profundamente religiosos como eran don Ventura y doña Nina, su generosidad y cariño hacia los demás podría haber sido una manera de agradecer a Dios por todas las

bendiciones y la grandeza que habían recibido de la Luz divina cuando estaba guiando sus esfuerzos en la tierra que gustosa los recibió.

Al mirar hacia atrás a los años de mi niñez y mientras crecía próximo a la casa de mis nonos, me siento privilegiado y agradecido por ser parte de su linaje. Considero la quinta, la herrería y todo lo que había allí como el Jardín Del Edén donde todo era abundancia, desde cada árbol frutal imaginable incluyendo una significativa variedad de animales domésticos. Como ejemplo, mis nonos hacían el vino para el año, producían todas las conservas y dulces para el invierno, sacaban la miel de abeja en el verano, y criaban gallinas, pollos y otras aves de corral, como así también conejos, credos, cabra, vaca y otros animales que proveían para la autosuficiencia del hogar. Todo estaba disponible y la escasez no existía.

Don Ventura y doña Nina eran el corazón y el alma de la familia y los motores por los cuales las cosas se hacían realidad.

Justo cuando don Ventura estaba pensando en un retiro tranquilo después de muchos años de arduo trabajo y constante dedicación a su familia, parientes y amigos, la enfermedad lo invadió y después de un breve período, falleció a la edad de 65 años. Doña Nina vivió aproximadamente 10 años más pero ella también, después de una corta enfermedad falleció a la edad de 76 años.

Mis nonnos fueron un ejemplo de toda la grandeza que una persona puede poseer. Su generosidad para todo aquel que solicitaba su ayuda; su amor y cariño por su familia, parientes y amigos y su integridad y honradez que guiaron sus vidas están profundamente inmersos en mi memoria y permanecerán en mí por el resto de mi vida.

Albert Astrada Lepore

27 diciembre 2005